

# LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

---

## EL ZAPATERO DE SEVILLA.

(CRÓNICA DE 1360.)

---

Descendía ya el sol sobre montuosas masas de nubes inflamadas, semejantes al lecho de púrpura de un rey; sus últimos rayos doraban aun la famosa giralda que se alza en un costado de la catedral de Sevilla. Un gran concurso de gentes atravesaban la plaza de S. Antonio y se oprimía y codeaba en el templo santo. Velase en el fondo entre millares de luces al Santísimo Sacramento espuesto sobre un tabernáculo del altar mayor bajo un rico baldaquino de terciopelo escarlata bordado de oro. El pueblo prostrado oraba con un fervor verdadero y profundo, y pedía al cielo librase á Sevilla del terrible azote que devastaba ya algunas provincias de Andalucía. Este azote era el hambre.-- Avarientos especuladores habian amontonado en sus graneros las cortas cosechas de los años últimos; ellos aguardaban para abrir las esclusas de sus tesoros al hambre del pueblo, que la desolacion hubiese hecho mas progresos, que las fisonomias estuviesen

TOMO SEGUNDO.

NÚMERO 5.

un poco mas descarnadas: aguardaban á que hubiesen caido algunas víctimas; porque entonces, en tan espantosa miseria, en una necesidad tan terrible é imperiosa, se vendia el trigo á peso de oro.

Al pie de la torre habia colocado un miserable tenducho encima del cual se leian estas palabras groseramente enmazarronadas: *Frasquillo, zapatero*. Este letrero indicaba que los zapatos de la vecindad, heridos por la mano del tiempo encontraban allí una mano reparadora pronta á revocar, mediante un precio equitativo, las grietas y los ultrages de la edad. En contra de los hábitos de pereza y de indolencia atribuidos al carácter español, el tio Frasquillo trabajaba con ardor y corage cantando incesantemente oremos, salmos y cánticos sagrados al son del organo de la catedral. Mientras el pueblo oraba y gemia en las iglesias, mientras los frailes celebraban novenas en sus conventos á todos los santos, el tio Frasquillo trabajaba alegremente

JUEVES 30 DE ENERO DE 1840.

en su barraca, se imaginaba con su escepticismo fundado que los tiempos milagrosos de la multiplicacion de los panes estaban muy léjos de la época en que vivia, y que el medio mas seguro de triunfar del hambre que se avanzaba á grandes pasos, era juntar algunos maravedises.

Al salir de la iglesia el populacho se juntó en la plaza, formáronse numerosos grupos, cruzáronse sordas palabras, la multitud se miraba con terror y se espantaba de verse tan en gran número. El temor y el hambre engendran pensamientos egoistas; el egoismo pensamientos de muerte. Los habitantes de la puerta de Castilla hablaban de incendiar el cuartel populoso de Sta. María; las majas y los toreros por una parte formaban el complot de un asalto á la puerta de Castilla; pero todos estaban conformes en invadir los conventos que se creian encontrar llenos de provisiones.

Por medio de esta sombría agitacion, de este hervor popular, dos viejos de cara puerca y arrugada como una valona de alguacil, atravesaban la plaza de san Antonio y recogian al paso todas las quejas: todos aquellos dichos siniestros pronunciados en voz baja vinieron á encontrarse en un ángulo oscuro de la catedral junto al taller portal del tio Frasquillo. Estaba ya bien entrada la noche; el zapatero se disponia á encender luz, cuando divisó á nuestros dos hombres al pié de la torre y colocarse en un sitio muy oscuro y hablar misteriosamente. Pícoles la curiosidad y dejando nuevamente la luz aplicó el oido en una rotura de su tienda.

--Por san Antonio, patron de Sevilla! dijo uno de ellos frotándose las

manos y mirando prudentemente al rededor de sí, esto marcha á las mil maravillas, señor de Gutierrez; y ya veo cada grano de trigo convertido en doblones sonantes y cantantes--chis; silencio! dijo el Gutierrez; sois muy imprudente Bringas, conseguireis ser asesinado y robado por la canalla por vuestro charlatanismo.....

Yo creo que hay sospechas de que encerrais trigo en vuestras cuevas,..... os aconsejo que esteis prevenido; acabo de oir un proyecto de asesinatos y robos en la puerta de Castilla.--En la puerta de Castilla! san Antonio me valga! estais seguro?... Mas no, no, mas bien es á V. á quien el pueblo quiere hacer una visita. Yo he entendido bien distintamente á varios grupos formar el designio de pegar fuego al cuartel de Sta. Maria, sin duda para apoderarse de vuestros graneros.--Por mi parte estoy tranquilo, dijo Gutierrez, he hecho creer á mis criados que los almacenes estaban llenos de sacos de sal y pimienta.--Y yo, dijo Bringas, he colocado mi grano en cubas encima de las cuales he puesto la inscripcion de: *vinagra y azeite para el alumbrado.* Ambos viejos se apretaron amigablemente la mano y se separaron. Estaban ya muy lejos, cuando Frasquillo inmóvil pensaba en el uso que haria del importante secreto que acababa de sorprender.

De repente estalló el tumulto en la plaza y el grito de «á los conventos», repetido por todos se alzaba del seno de la multitud como el ruido de la tempestad sobre el mar. La atencion general se volvió hacia un hombre del pueblo que subido sobre una esquina como sobre una tribuna invitaba con juramentos enérgicos á la turba á que

guardase silencio y oyesè. Oye! vosotros, todos los que morís de hambre, gritò el orador, por aquí; el tío Frasquillo el zapatero os dará pan á todos, y si falta á su palabra, podeis freirlo en medio de la plaza como à S. Lorenzo. Permaneced tranquilos, cerrad la boca por ahora; vosotros la abrireis despues; prestadme atencion.» Viva! viva! gritò el pueblo.... ¡Viva Frasquillo el zapatero! Perfectamente! dijo el zapatero orgulloso del buen écsito de su escordio.... Empezad por saber lo que yo voy à deciros, os voy á informar del medio de tener pan en abundancia. El andrajoso auditorio guardò el mas profundo silencio, y los mas distantes se subian sobre los hombros de los demas para oir las palabras mágicas que iba á pronunciar Frasquillo el zapatero.

En el momento en que iba á hacer su preciosa revelacion, un cuerpo de arcabuceros á caballo asomó por una de las esquinas de la plaza y el grito de paso, paso! el Rey, se hizo oir de todos lados. La multitud se abria silenciosa delante del acompañamiento que se avanzaba lentamente al son de algunas trompetas, y á la claridad de varias hachas que llevaban los alguaciles de la ciudad. El cofregidor à pié conducia por la brida el caballo del rey. Aquella turba furiosa poco antes, estaba ahora tranquila, muda y estupefacta.

La llegada de D. Pedro à Sevilla, lejos de hacer renacer en los corazones la confianza aterrorizaba à todos como la aparicion de un nuevo azote del cielo. El rey marchaba á traves de aquellas masas fululantes como por una llanura desierta. Al llegar al medio de la plaza una aclamaeion aislada y

sin eco, pero reiterada y consecutiva, rompiò este gran silencio. Era una ciega mendiga la que con voz cascada y balbuciente, gritaba: „Viva D. Pedro, viva S. M., viva el Rey.»

D. Pedro el cruel hizo parar su caballo y mandò traer delante de sí á la persona que festejaba su venida.

Los alguaciles cumplieron aquel mandato.

¿Por qué, dijo D. Pedro á la vieja, cuando todo el pueblo tiembla y permanece mudo, por qué levantas tu sola la voz para desearme prósperos y largos dias? ¿esos votos son sinceros ó irónicos.

--Señor, respondiò la anciana, jamás he dirigido al cielo súplica mas fervorosa y sincera. Diré la causa, si V. M. me dá la palabra de que no se me hará daño por decir la verdad.

Don Pedro vacilò un momento entre la cólera y la curiosidad: esta venció. El pueblo se acercaba y se oprimia por ver lo que iba à hacer el rey, y por oir lo que la mendiga iba á decir.

--Bien! dijo don Pedro: tu tienes mi palabra real.

--Quiero mas, dijo la vieja, vuestra palabra de noble castellano.

--Te la doy, dijo el rey.

--Corriente, Señor, replicó la mendiga: he aqui la verdad: el abuelo de V. M. fué un rey cruel y malo que hizo á su pueblo desgraciado; su sucesor, vuestro padre, fué mas cruel y peor; y vos sois mas cruel y perverso que vuestro padre y abuelo. Por esta razon deseo que Dios os conceda una larga vida, de temor que el que here de vuestra corona no sea peor que vos.

Al decir estas palabras se confundió rápidamente entre el pueblo como

una espiga en un campo de trigo, ó como una gota de lluvia en el mar.

La turba fué poco á poco desapareciendo; la plaza de San Antonio habia quedado desierta. El tio Frasquillo dentro ya de su tenducho se felicitaba de que la entrada oportuna del Rey le hubiese impedido revelar al pueblo el importante secreto de los dos logreros.

Recordaba con un estremecimiento general que algunos minutos mas tarde el Rey hubiera encontrado á la ciudad en completa insurreccion y entregados al pillage los barrios de la puerta de Castilla y de Santa María, y quizá arrastrados los cadáveres del Señor de Bringas y de Gutierrez, y que al preguntar don Pedro el nombre del autor de estos desórdenes se le hubiera respondido: «el tio Frasquillo...». A pesar de su estupor, el cuadro de la miseria pública heria su imaginacion: el secreto que guardaba le oprímia el corazon como un remordimiento fatal. ¡Ah! decia, lo que yo sé, podria aliviar vuestro sufrimiento hermanos moribundos; mi secreto podria volver la vida y el vigor á nuestra pobre ciudad que parece sin remedio! y á pesar de eso Dios y San Francisco quieren que no lo revele á nadie en este mundo. Si yo lo declarase al pueblo, se amotinaria, chillaria, robaria y yo hubiera sido el protagonista de la fiesta... si yo fuese corregidor por 24 horas el pueblo tendria trigo que moler y pan que llevar á la boca. El tio Frasquillo tembló como un azogado cuando vió abrir la puerta de su tienda y presentársele un desconocido embozado en su capa.

Qué decias hace poco, Frasquillo? preguntó el desconocido con voz áspera.

--Decia, señor, que si yo fuese corregidor de Sevilla durante 24 horas, el pueblo no sufriria la escasez ni el hambre.

En aquel momento dieron las nueve de la noche.

Las 9 son, dijo el desconocido; hasta mañana à igual hora tú eres el corregidor de Sevilla; y si no cumples tu promesa, á la misma hora, el verdugo te hará dejar el puesto. A dios! El tio Frasquillo se frotaba los ojos para convencerse de que no estaba dormido; sacó el cuello por la ventana de su barraca y echó una ojeada al redor de la oscuridad que le rodeaba; pero no habiendo distinguido á nadie se puso á coser alegremente y empezó á cantar para consolarse.

Habria pasado apenas un cuarto de hora, cuando se oyó un ruido en la plaza: Frasquillo aplicó el oido y sintió como pasos que se iban acercando cada vez mas y por fin conoció bien distintamente al corregidor de la ciudad en persona acompañado de seis alguaciles y que se habia parado delante de su puerta: el zapatero salió temblando á ver lo que la justicia tenia que hacer con él á semejantes horas.

--Señor, dijo el corregidor inclinándose ante el tio Frasquillo; el rey mi amo me envia á depositar en vuestras manos mi dignidad y poder. Este pergamino firmado por D. Pedro os nombra corregidor, y hé aquí los alguaciles encargados de egecutar vuestras órdenes.....

--Seguramente, dijo el magistrado improvisado, ha sido el rey mismo el desconocido que tanto me asusta. S. M. ha querido cogerme la palabra con la esperanza de hacerme ahorcar bajo

sus ventanas! No será así voto á San Pedro el cruel, ó el tio Frasquillo el Francisco! Y puesto que soy còrregidor hasta mañana por la noche, veremos quien cae en el garlito, si Don Al dia siguiente la ciudad de Sevilla nadaba en la abundancia.

*Mac-Michel.*

## EL OTOÑO.

A MI AMIGO D. JOSÉ MONTADAS.

*Qué es nuestra vida mas que un breve dia  
Dó apenas sale el sol, cuando se pierde  
En las tinieblas de la noche fría?*

*RIOJA.*

**M**ira cual huye envuelto en sus calores  
Con sus baños de pòrfido el estío,  
Dando paso à los cándidos albores  
En que disfruta otoño del rocío!  
Mira cual huye la estacion de fuego  
Llevándose su gala y su hermosura,  
Para dar á los campos nuevo riego  
Que venga á devolverles su verdura.  
Y mira en fin la brisa de la aurora,  
Cuán llena de placer refresca ufana  
La blanca flor, que, del vergel señora,  
Se despliega á la luz de la mañana!—  
Ay!— Todo cambia en la feráz natura;  
Todo recobra vida y lozanía,  
Mientras que gime el hombre en la amargura  
Sin gozar un momento de alegría!—  
Miserá condicion la del humano!  
Mirar el mundo de hermosuras lleno,  
Beber la copa del placer ufano,  
Y hallar tan solo matador veneno!  
Ay Dios! por qué nacer, si el mundo es solo  
Un yermo para el triste peregrino;  
Si en él presiden la falacia y dolo,

Y es cruel de los hombres el destino! —

Mas tal el orden es de la natura ;

«Morirá cuanto nazca» se halla escrito ;

Que al pecar nuestro padre, en su amargura

Fué Adan por siempre del Señor maldito.

Así el hombre infeliz llora la culpa

Que nuestro primer padre cometiera,

Y sin hallar á su pecar disculpa

Mira del tiempo la veloz carrera.

Así pasa las horas de la vida,

Ora en su lira con placer cantando,

Ora mirando la esperanza hundida

Con triste afan para su mal llorando.

Y así mira al verano que se ahuyenta

Y contempla al otoño que aparece ;

Vé formarse en los aires la tormenta

Y vé la luz del sol que se oscurece. —

¡Oh estacion deliciosa y placentera

Henchida de sublime poesía,

Que vé tranquila en la feráz pradera

Lucir el fruto que el Señor te envía!

Presta á mi voz tan débil un acento

Que resuene en las cuerdas de mi lira,

Y haz que repita en el espacio el viento

La dulce trova que tu faz me inspira.

Que es muy grato cantar, cuando en el alma

Mil recuerdos y mil bullen inquietos ;

Tristes memorias de perdida calma,

Vanos sueños de secos esqueletos.

En que se vén pasar en ilusiones

Fantasmas mil que nuestra mente ofuscan,

Mostrándonos en ella las facciones

De un ser querido que los ojos buscan.

En que se vén los campos deliciosos

Del bienhadado suelo en que nacimos,

Muy mas gratos al alma, y mas hermosos,

Que cuantos otros en el mundo vimos.

En que el tañido tétrico escuchamos

De las campanas de la patria amada,

A cuyo son tranquilo, deliramos

Una vida de amores encantada.

En que soplan las brisas dulcemente

Agitando los frutos y las flores,

Y en que tranquila la ignorada fuente

Murmura ufana la cancion de amores.—  
 ¡Oh!—Cuantas ilusiones de ventura  
 Sueña la mente, otoño, al contemplarte,  
 Y al mirar la corona de frescura  
 Con que la sien rugosa te adornaste:  
 Al ver tus tristes nieblas misteriosas  
 Y tus largos crepúsculos de fuego,  
 Tus blancas alboradas tan hermosas,  
 Y de tus noches el feliz sosiego... —  
 Ven pues, otoño, á consolar mis penas  
 Henchido de sublime poesía,  
 Que yo consagraré mis cantilenas  
 En elogios no mas de tu armonía;  
 Y es muy grato cantar, cuando en el alma  
 Se siente arder la inspiracion divina,  
 Y contemplar tu magestad en calma  
 Sentado al pié de centenaria encina!!

MANUEL CAÑETE.

## LA MADONA DE PABLO RUBENS.

NOVELA ORIGINAL, POR DON JOSE ZORRILLA.

**D**os jóvenes leían en un café el 23 de julio de 183..... una carta que decía:

“Yo no sé querido mio, si un hombre de carne que tiene un alma que piensa y que desea, puede efectivamente enamorarse de un ser material que ni desea ni piensa; pero te juro que estoy enamorado espiritualmente de la virgen de Rubens que ecsiste en el altar mayor de la iglesia de las monjas de Fuensaldaña.--Esto te parecerá un cuento, pero todos los días arrostró el sol de julio y el camino quebrado y pedregoso de este pueblecillo, por ver al objeto de este amor fantástico, y pasó largas horas delante de este bello

cuadro, recitándole en alta voz versos que escribo cada noche de vuelta á mi habitacion. Te confieso, que es una locura; pero creo que una muger no pueda llenar nunca mi corazon como esa creacion sublime. ¡Se hallara una muger igual á la *Madona* de Rubens! No quiero hablarte mas de esto, porque ni tú me comprenderias, ni yo pudiera esplicarte lo que siento en mi alma; tengo en ella un paraíso.”

--Callò el que leía, y ambos jóvenes se miraron uno á otro en silencio.

--Pobre Eugenio está aburrido en aquel lugaron.

--No te canses Luis, á fuerza de pensar en sí mismo se ha hecho desgra-

ciado...y yo tengo para mí....

--¿Que?

--Que está loco,

--¡Loco! Acaso no vas muy fuera de razón; si la poesía es una fiebre, como decía el viejo D. Nicolas el día pasado, tal vez Eugenio vá llegando à un punto demasiado alto.

--De todos modos este es un delirio; porque no concibo relaciones de amor entre un hombre y una pintura.

Luis mirò á su compañero con una sonrisa casi amarga, y añadió seriamente: "Tú no sabes lo que es un poeta delante de un cuadro de Rubens."

Era un mes despues. A las 2 de una tarde de agosto un hombre melancólico, subia por la pequeña eminencia desde donde sedivisaba el pueblo de Fuensaldaña. Las dobles almenas del castillejo gótico que se conserva á su entrada, se elevaron á sus ojos por detras de la colina, como las lanzas erizadas de un escuadron inmoble y cansado que aguarda la hora de partir, y una ligera tension de sus lábios mostrara apenas un placer tranquilo y un recuerdo risueño que se despertaba en su corazon.- Atravesó rápidamente las tostadas callejuelas del lugar, y entró silenciosamente en la iglesia de las monjas de Fuensaldaña.-

Eugenio es un jóven de 22 años, de color caido, cuya mirada fija y penetrante, cuyos lábios ligeramente comprimidos, cuya frente espaciosa interrumpida por una larga arruga dan á su figura un carácter sombrío y meditabundo.-Hoffman, Schiller Byron, han alimentado su alma; desgracias de familia han hecho su vida inquieta y tormentosa; pensador por necesi-

dad, poeta por inspiracion. Hé aqui el personaje que se vé en este momento en pié delante de la Virgen de Rubens. Sus ojos han perdido su luz melancòlica; sus labios desplegan una sonrisa inefable, no hay arruga en su frente sublimemente tranquila, y una lágrima clara, solitaria, indefinible, rueda por su megilla pálida, como una ancha gota de rocío en una flor silvestre que abre su cáliz amarillo en la grieta de una roca.

De repente levantó su voz sonora, y dejó oír en un tono que ni era canto ni recitacion, unos versos que rodaron por la bóveda, y se apagaron en la cúpula greco-romana.

Eras tú ¡oh Virgen! que en la errante brisa

Sobre aromada transparente nube,

Que rojo sal colora,

Misteriosa vagabas.

Los mundos paseabas

Porque eres tú señora.

A tu paso sus frentes inclinaron

De añosos monumentos coronadas,

Y con murmullo incierto

Detúvose el torrente,

Y en silencio imponente

Te saludò el desierto.

Calló un momento, volvió á fijar los ojos en la Madona, y continuó con religiosa entonacion.

¡Ay! Ojalá que el corazon profano  
Ecsalára su cántico mundano  
En himno melancòlico de amor.  
Que llegára à tus pies hondo y doliente,  
Blando murmullo de cercana fuente,  
Vago perfume de temprana flor.

Tú que pisas de rubí

Vistosa, viviente alfombra,

Y besa el ángel tu sombra

Si pasa cerca de tí.

.....  
¡Oye mi canto María!

Interrumpiòse de nuevo, y la lágrima que habia corrido por su rostro cayó sobre la losa de un sepulcro; el del conde fundador de aquel monasterio.

--No es para tí, exclamó Eugenio, mirando su lágrima que se secaba en el mármol; tu paz ò tu tormento no arrancan lágrimas à mis ojos. ¡Señora!.... no, paloma mia, vida mia, mis lágrimas no son mas que para tí; mi corazon no es mas que para tí, mi amor para tí.--La tierra es inmunda, el hombre es barro; tú eres.... la felicidad, el cielo... eres María.--¡Oh; si existiera una muger como tú!

Y levantó su acento misterioso y solemne:

El hombre *Virgen* te llama  
Y los arcàngeles *bella*,  
Y el mar te llama su *estrella*  
Con el huracan que brama.  
Y el Espíritu *su esposa*,  
Y el Hijo te dice *madre*,  
Y ciego de amor el Padre  
*Hija* te llama y *hermosa*....  
Perdon! yo no encontraria  
En la ignorancia del hombre,  
Ni una plegaria, ni un nombre  
Que presentarte, ¡oh María!

El sol tocò en el horizonte, y la luz del crepúsculo iluminaba escasamente el crepúsculo; el colorido del cuadro de Rubens se confundia vibrando con la parda claridad de los vidrios de colores de la prolongada ojiva. Eugenio salió cabizbajo, y volvió à tomar el camino de Valladolid.--Pasò la noche como todas, escribiendo versos á la

Madona y soñando fantasmas de tierra, vestidos de luz y de ilusiones del cielo. Pasaron así muchos dias; la Virgen de Rubens en el altar, Eugenio en su fanatismo.

## II.

Al cabo de algunos meses, en el carnabal de 183... mientras al compas de una violenta mazourka, se agitaban en el teatro de Valladolid una multitud de máscaras, reian y chillaban y se movian como las figuras de una linterna mágica, un dominò negro atropellaba por la concurrencia, siguiendo à una muger que le habia tocado en el hombro, y pronunciado su nombre con una voz que resonò en el corazon. Era una muger alta, esbelta, envuelta en un dominò rosa, asomando por las aberturas de la máscara dos ojos brillantes, húmedos, inquietos, que daban luz que penetraba en el alma, unos ojos que hacian adivinar unas megillas de rosa, unos labios de fuego, una dentadura blanca, igual, mal encubierta en una sonrisa de ángel, guardando una lengua roja, sutil, bañada en un aliento aromado, como una hermosa georgiana en un elegante gabinete oriental. Eran dos ojos que fascinaban, que encendian en el alma del hombre del dominò negro una hoguera inmensa, cuyo resplandor reflejaba en su rostro encendido, en sus labios abrasados y secos, en sus sienas que latian con extraordinaria violencia. Eran dos ojos que solo se ven en un baile de máscaras, con un todo de muger que tampoco se halla sino en un carnabal, cuyo paso aéreo, cuyo cabello flotante, cuya voz de armonía y de ternura,

cuyo nombre y cuyo misterio no se explica ni se encuentran sino entre los sueños de un poeta de veinte años. Esto era aquella muger del dominió rosa, esto sus ojos, esto Eugenio que la seguía embelesado.--Una ilusion, un poeta.--

Un poeta que habia pasado todo un año visitando, adorando, soñando con la Madona de Rubens y que buscaba en un baile una tregua á su idealismo. Cansado, fastidiado, convencido de que aquel placer bullicioso, violento, aquel ambiente de orgia y de tierra no podia igualar ni competir con el cuadro de Fuensaldaña, se preparaba sériamente á abandonarle, cuando una mano tocó suavemente su hombro, un acento vibró en su alma, estremeciéndola, y una muger aérea pasó á su lado. ¿Dónde habia oido aquella voz? ¿Qué recuerdo le traía que tembló al oirla? ¿Por qué aquella muger pronunció su nombre, con aquella voz inesplicable? ¿Quién era aquella muger que huía de él, de quien él no se podia alejar, cuya voz queria volver á oír? ¿De donde venia aquella voz? De la Madona de Rubens, porque el poeta añadiendo lo bello á lo bello, lo sublime á lo sublime, completa un ser á su antojo, como él cree necesitarle, y Eugenio habia añadido á su Madona en sus sueños aquella voz que acababa de sonar en su oido, desplomándose en su corazon.

Siguió Eugenio largo tiempo á aquella muger hasta que la alcanzó en la escalera interior al tiempo de subir á la fonda. Iba hablando y riendo con otra máscara que la daba el brazo. Eugenio la tomó la mano bruscamente, unió su rostro descompuesto, agitado, encendido, con la careta

inmóvil, tibia, insensible de aquella muger, diciéndola:

--Por compasion, señora, hablad.

--¿Qué quereis? ¿quién sois? dejáos de bromas ahora.... (esclamó el compañero de la muger.)

--¡Silencio! que hable ella.--Hablad señora.

--Apartaos, ó vive Dios!....

--Silencio él,--hacedme oír vuestra voz sonora,

--¡Hay empeño! bien; ¿qué os importa mi voz? ¿quereis hacer versos á mi voz?

--¡Oh! que la oiga yo siempre y seré capaz de... apagar el sol con mis manos.--Una carcajada de él y de ella cortó las palabras de Eugenio, que sintió la cólera derramarse en sus venas;--aquella carcajada que salia de la misma garganta que aquella voz misteriosa, produjo en el poeta un efecto diabólico. Ya no era curiosidad, no era amor, era un vértigo, una fatalidad necesaria la de ver aquel rostro, por entre cuyos labios se escababa aquel acento indefinible,--esa carcajada estúpida.

Convulso, delirante, arrancó con violencia la careta que ofuscaba su obgeto, y clavó sus ojos avaros en el rostro que iba á aparecer. La careta se rasgó de alto á abajo.... y Eugenio cayó desplomado, exclamando: ¡La Madona! ¡perdon, perdon!

### III.

La mañana siguiente yacia Eugenio en su lecho con una fiebre abrasadora. Quién entrara en este momento en su habitacion no hubiera podido distinguir mas que un rostro de muger iluminado de cierta manera,

que parecía sostenerse en la admósferra. Una copia de la Madona de Rubens, estaba colocada sobre el caballete, y el único rayo de luz que penetraba por un pequeño agujero abierto en la madera del balcon, caia en el cuadro precisamente en el punto en que se veía el rostro de la Madona. Con este ingenioso artificio hacia Eugenio que el primer obgeto que se le presentára á su vista al despertar, fuera el único que gozára de la luz del dia.

Ahora le contemplaba desencajado, y la vibracion de sus nervios y la debilidad de sus ojos daban á la pintura una movilidad flotante, que le desvanecía y aumentaba la calentura. Pasaron algunas horas. Eugenio amodorrado habia dormido ó soñado un sueño pesado, de plómio, que no le habia aliviado acaso, pero le habia librado de la amargura de algunas horas.

Cuando abrió los ojos, el rayo del sol habia bajado á los pies del caballete é iluminaba algunos pinceles en desórden; y la orla festonada de hilillo de plata del domínó que llevaba la noche anterior. Esta orla le trajo á la memoria las veinte y cuatro horas anteriores.

--Oh! es cierto murmuró, era una impiedad obligar á la Madona á castigar-me en un baile. Y se cubrió el rostro con la ropa. En la oscuridad se oyeron por algun tiempo sus gemidos y sus exclamaciones, mezclados con el nombre de Maria, el de Pablo Rubens, y el misterioso murmullo de los versos que recitaba.

--Era la una del dia cuando le avisaron que un caballero que se interesaba por su salud, deseaba verle.

Eugenio se estremeció. No hubiera permitido que su mayor amigo llegara en aquel instante á prestarle un consuelo en su afliccion, y no pudo negarse á aquel desconocido. Entró pues, y al eco de aquella voz que le saludaba, se incorporó frenético en el lecho, rojo con la calentura, convulso con la curiosidad, con la incertidumbre. ¡Luz luz! gritó, ese balcon!

Abrióronle el balcon y una persona desconocida le dijo.-Me tomo la libertad de presentarme en esta casa para explicar un enigma que nos interesa á ambos.

--Sentáos pues, y decid.--Eugenio volvió á caer en el lecho.

--Yo os conozco, jóven, de haberos oido leer unos versos en una academia.

--Y qué?

--Oidme--una máscara os nombró anoche y vos vinisteis á insultarla con osadía. Veo asimismo que teneis su retrato empezado en el caballete; quiero que me espliqueis la razon de todo esto.

Eugenio incorporado le miraba con ira.

--La razon! ¿y con que derecho venis á ecsigirla de mi?

--¿Y con qué derecho; donde, cuando habeis retratado á mi muger?

--Su muger!

--Si, mi muger.

--Imbécil! ¿Es esa tu muger?--dijo Eugenio señalando al cuadro.

--Sí, lo es.

--Con que estás casado con la Virgen de Rubens, con la Madona de Fuen saldaña?

Ambos se miraban con asombro.

--No creo, interrumpió al fin, el incógnito, que sea esta ocasion de burlarse de....

--Burlarse!... por vida mia esa muger es la Virgen de Fuensaldaña.

--Repito que es mi muger.

--Repito que es la Madona.

--Ya es demasiado.

--Oh! venid, venid, mirad bien la delineacion del ropage. Miradla.--y saliendo Eugenio del lecho, cogiòle por la garganta forzándole á mirar el cuadro que acababa de empezar dos dias antes.

--El hombre miraba estúpidamente el cuadro sin acertar á contestar nada.

--En una palabra, exclamó con resolucion despues de algunos minutos, ¿Que relaciones teneis con mi muger?

--Si es esa vuestra muger, yo la amo.

--La amais? y ella....

--Es inútil hablar de ella.

--¡Oh, mi muger, veamos.

Y asiendo él de su cuchillo, Eugenio del puñal que colgaba á la cabecera de su cama, emprendieron una lucha desesperada, vigorizado el hombre por los celos, Eugenio por la fiebre.

Aquel combate era horrible--El hombre rasgada la camisa por delante dejaba ver un pecho hinchado por la cólera, que se mecía como la vela de un buque impelida por un viento desigual.-Eugenio, casi enteramente desnudo, girando siempre su brazo descarnado en derredor de la cabeza de su antagonista y haciendo oír una voz semejante al mugido sordo de un toro; y como único espectador de la escena el rostro de la Madona de Rubens, angelical, sublime, inmóvil, sin cambiar su espresion inefable de celestial alegría, suspendido en medio de un lienzo blanco, tizado en parte con tachones de diversos colores.

Aquel remedo del cielo arrojado allí sin movimiento, sin voz, hacia mas repugnante la lucha infernal de dos hombres celosos y fanáticos, uno por un cuadro, otro por una muger.

Hubo un momento en que ambos cruzados los pies con los pies, los ojos sobre los ojos, los dientes rechinando bañados en espuma roja, se sugetaban convulsivamente, la mano armada con la desarmada.

--Entonces se oyó en la escalera una voz que colmó la rabia de los dos; para el uno era la voz de su muger; para el otro la de la madre de Dios. Se oyó el picaporte que se alzaba, se abrió la puerta, y la misma muger del dominó rosa, con su cabello suelto como la Madona, entró precipitadamente en la estancia, en el punto precisamente en que su marido caía de espaldas cubierto de sangre partido el corazon.

Un hombre tendido que agonizaba, una muger descompuesta que miraba con un asombro indefinible ya á su marido moribundo, ya á su retrato sin concluir, y un jóven delirante arrodillado á sus pies, medio desnudo y en la actitud mas suplicante: hé aqui la escena que presentaba el cuarto de Eugenio. Empresa insuperable fuera querer pintar el asombro de Eugenio, cuando aquella muger de formas angélicas descargó sobre él una lluvia de insultos groseros, indecentes, acompañados de gestos repugnantes que revelaba el alma de la muger mas infame y desenvuelta, nacida entre los arapos del populacho mas villano. Cuando despues de una larga filípica de juramentos y palabras obscenas exclamó: "*pero bien hecho; asi me ha librado de tener que dejar á ese pa-*

*jarraco que ya no tenia plumas que arrancar," y volvió la espalda con el mas soldadesco desenfado.*

--Quedó Eugenio de rodillas, los ojos en el cuadro , queriendo ver todavía el paraíso que le revelaba siempre la vista de la Madona, y que ahora le ofuscaba el zumbido estrepitoso de aquella reunion de palabrotas sórdidas cuya idea no acertaba jamás á unir con aquellos labios de rosa, con aquel todo de espíritu y de perfeccion. Aquella muger era una prostituta casada con un hombre de bien de quien ya

no esperaba cosa alguna , y que iba à ser abandonado por un inglés rico con quien aquella copia de cieno de una creacion celestial , abandonó su país para siempre.

--Eugenio no pudo aclarar jamás nada en la causa del asesinato de aquel hombre ; los jueces le pusieron por compasion en el asilo de los dementes, en donde acabó sus dias pocos meses hà, delirando siempre con una muger obcecada, con un hombre asesinado, y con la Madona de Pablo Rubens , de las monjas de Fuensaldaña.

JOSE ZORRILLA.

## SUEÑO.

**C**ansado de mis afanes

Al reposo me entregaba,  
Y feliz me enagenaba  
El recuerdo de tu amor.  
Con mil gratas ilusiones  
Que formaba yo en mi mente,  
Me alhagaba blandamente  
El sueño consolador.

En el silencio profundo  
Una *ilusion* seductora,  
Me despertó cual la aurora  
Despierta al trabajador.  
Habia soñado.... ¡oh ventura!  
Que en un bosque silencioso,  
Contemplaba yo amoroso  
De tu hermosura el candor.

Allí la pálida luna  
Alumbraba cuidadosa,  
Tu tez refulgente, hermosa,  
Pura cual aura de abril.  
Y el viento que murmuraba,

Bullicioso repetia

Nuestra plácida alegría  
Una y cien veces y mil.

Y tu mano alabastrina

Estrechaba enamorado,

Y mi pecho enagenado

Se abrasaba de pasion.

Y te ví tan hechicera,

Que te admiró el alma mía;

Y de placer , yo sentia

Palpitar mi corazon.

Y con acento suave

Cantabas nuestros amores,

Y tus ojos brilladores

Me miraban con ardor.

El arroyo cristalino

Que su curso no paraba,

Mis suspiros murmuraba

Y tu acento encantador.

A tu rubia cabellera

Ornaba la pura rosa,

Y de azucena olorosa  
 Era tu aliento, mi bien.  
 De rica flor de amaranto  
 Y de clavel purpurino,  
 ¡Un círculo peregrino  
 Engalanaba tu sien!  
 Una sonrisa amorosa  
 A tus labios asomabas,  
 Y contenta me jurabas  
 Serme constante en amar.  
 Y de placer estasiado  
 Me enagenaba en mirarte;  
 ¡Y también juré yo amarte  
 Con un amor sin igual!  
 En aquel feliz momento  
 Vertió su lumbre la aurora;  
 De la noche aterradora  
 El denso velo rasgó;  
 Y alegres y juguetonas  
 Cantaron amor las aves;—  
 Entonces ¡ay! tú lo sabes;

La ilusión me despertò.

Grata ilusión que mi abrasada frente  
 Ora consumes con tu fuego impío:  
 Aquí siento un volcán vivo y ardiente,  
 Que destroza inhumano el pecho mío.  
 Solo el destino me será clemente;  
 Orgulloso por él te desafío;  
 Y es el placer que abrigo en mi tristura,  
 Por gustar un momento de ventura!  
 ¡Grata ilusión!.. ¡Heriste el alma mía  
 Con acero mortal! ¡emponzoñado!...  
 Tú con martirio atróz en noche y día,  
 Ni un instante me dejas sosegado!  
 Sueño feliz! ¡ay! ven con tu alegría!  
 Y de mi hermosa el recordar amado,  
 No lo separe un punto el alto cielo,...  
 ¡Del pecho que le adora en su desvelo!

Sevilla=1839.

Torcuato Perez Rodriguez.

## REMITIDO.

**Sr. Editor de LA AUREOLA.**—  
 Muy Sr. mio: sírvase V. dar cabida  
 á las siguientes líneas en su apreciable  
 periódico, y cuente, si lo hace, con  
 el agradecimiento de su atento amigo  
 y servidor Q. B. S. M.—*El individuo  
 de la compañía.*

### CONTESTACION AL SEÑOR LINDORO.

En la REVISTA GADITANA del  
 domingo próximo pasado, hay un ar-  
 tículo titulado *Una corona á la Seño-  
 ra Baus*, en el cual se trata de po-  
 nerme en ridículo, aunque de un mo-  
 do indirecto.

Nunca hubiera tomado la pluma

para contestar á lo que en él se dice,  
 si no me hubiese impulsado á ello el  
 deseo de hacer patente la poca verdad  
 con que escribe el Sr. Lindoro, y  
 lo mucho que le debo en esta ocasion;  
 pues ha conseguido que mis malos  
 versos se hayan leído con atencion, y  
 se hayan juzgado acaso con demasia-  
 da indulgencia. A la verdad, siento mu-  
 cho que un periódico POPULAR de  
 literatura y artes, que debiera ser un  
 modelo de imparcialidad, y juzgar  
 con ella cuanto criticára, haya gas-  
 tado su tiempo y consagrado sus tra-  
 bajos á la censura de una actriz (que,  
 dicho sea de paso, cuenta muy pocas  
 rivales en España) con el mezquino  
 deseo de hacerse visible é interesante,

y de atraerse la atención del público. Poco generoso se ha mostrado en esta ocasión el Sr. Lindoro, cuando ha hecho blanco de sus tiros á una actriz que dá tanta gloria á la nación, y que es la gala, el ídolo de los gaditanos: esta conducta, no muy justa á nuestro entender, es indigna de los escritores, que deben ser un modelo de imparcialidad y un órgano de la opinión pública.

Justo es que se censure lo que sea digno de ello; que se procuren enmendar los yerros que se cometan en la escena, valiéndose de consejos amistosos, que no ofendan el amor propio de los actores; pero no por aparecer como jueces en la palestra literaria, no por usar de una autoridad que solo el talento y la esperiencia pueden proporcionar, se quieran hallar defectos donde no los hay, se juzgue de las cosas sin haberlas examinado, y se aventuren los juicios, que pudieran tacharse de absurdos.

Esto es lo que há sucedido con la corta crítica que me dirige el Sr. Lindoro, y esto es lo que me proporciona el placer de dar gracias por la indulgencia con que han sido leídos mis mal medidos versos. Concluye el señor crítico diciendo, con el fin de hallar malicia donde no la hay, "debemos „darle el parabien (á la Sra. Baus) por „una corona con que piensan favorecerla sus admiradores, y por unas „décimas, que, segun voz pública, ha „compuesto en su elogio un individuo „de la compañía y que han de repararse en el teatro" Esta vez amigo mio, la voz pública se engañó, y por cierto que no há desmentido al buen benedictino FEIJÓO en lo que acerca de ella dice en sus obras. Las décimas segun VICENTE ESPINEL, que

las inventó, solo constan de diez versos; y los que yo, á petición de un crecido número de personas hé surcido, han sido catorce, que si no me engaño son los que constituyen un soneto.

Que yo sea individuo de la compañía, no impide el que tenga sensaciones como los demas hombres, el que sea entusiasta del mérito, y el que celebre en mis malos versos, como mal aprendiz de poeta que soy, al verdadero genio, á la sublime artista que tiene pendientes de su labio las emociones; que nos hace llorar cuando llora, reir cuando rie, que nos comunica en fin sus mismos goces, sus mismas penas, y á la que no podemos ver sin arrebatarnos, sin prorrumpir en medio de nuestro entusiasmo "esto es divino."

Para esos hombres que todo lo juzgan con el materialismo de un alma fria, indiferente, los acentos del dolor no son otra cosa que un objeto de risa, porque no comprenden que sea posible sentir con tanta vehemencia; pero para aquellos que ven las cosas tales cuales son, que no se fingen fantasmas, el mérito reclama su culto; y este culto merecido que le tributan es verdadero, sea quien quiera la persona que le rinda.

Hé aquí porqué, poco temeroso de la crítica de la REVISTA, y entusiasmado al ver una corona adornando las sienas de la artista, en la noche del domingo anterior, tuve lugar de improvisar unos versos, que incluyo aquí con el loable fin de que el Sr. Lindoro me diga la nueva medida que ha adoptado para ellos, puesto que yo, de buena fé, creía que mi desgraciado soneto, falto de mérito en un todo, tenia siquiera el de estar los versos bien medidos:

## EN LA CORONACION DE LA SEÑORA DOÑA JOAQUINA BAUS.

**R**ica corona de brillantes flores,  
Precioso don à tu saber debido,  
Luce en tu hermosa frente, y sus fulgores  
Dejan al rojo sol oscurecido:  
Yo, misero cantor, sus resplandores  
Contemplo absorto, de entusiasmo henchido,  
Y aplaudo el genio, sin igual, ardiente,  
Que al mundo dá su luz desde tu frente.

Tiempo es ya pues de terminar este artículo, lo cual no haré sin advertir al Sr. *Lindoro*, por vía de consejo, que el público reprueba altamente la pedantería, y aplaude la modestia; y que ningun escritor por grande que sea, debe menospreciar á ese mismo

público para quien escribe y que *tolera* sus defectos: advirtiéndole tambien que mis versos podrán ser malos y mal medidos, pero son originales, cosa que no le sucede à algunos escritores que hacen pasar por tales artículos traducidos.

## AL MERITO ARTÍSTICO

## DE LA SEÑORA DOÑA JOAQUINA BAUS.

**N**o es tan bella la aurora en el oriente  
Rasgando el velo de la noche umbría,  
Ni es tan sublime el luminar del dia  
Como es hermosa tu modesta frente.

Ciñe un lauro tu sien, tan esplendente  
Que al orbe entero su fulgor envía,  
Mientras tu dulce voz con su armonía  
El alma llena de entusiasmo ardiente.

Tu eres gala del pueblo gaditano  
Que ve en tí de su escena el ornamento:  
El admira tu encanto sobre humano.

Y al verte, hermosa, al escuchar tu acento,  
De flores, cual tú bellas, teje ufano  
Esta corona premio del talento.

(Este soneto se repartió en el teatro Principal, la noche del domingo anterior.)

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

IMPRESA DE LA AUREOLA,  
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.